

Cartografía de la resistencia

Nacho Duque García

Félix Guattari,
Plan sobre el planeta.
Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares,
Madrid, Traficantes de sueños - Mapas, 2004.

Dijo en cierta ocasión Michel Foucault: «una empresa revolucionaria se dirige precisamente no sólo contra el presente, sino también contra la ley del “hasta el presente”»¹. Con el paso de los años esta premisa foucaultiana, que se mostraba aparentemente inocente, bien ha quedado en el olvido, bien ha pasado a ser obsoleta o, lo que es peor, ha accedido al cajón de los sueños imposibles. De un tiempo a esta parte han sido muchas las tentativas de leer de un modo adecuado el mundo en el que nos ha tocado vivir, desde puntos de vista muy diversos se han descodificado las líneas maestras del capitalismo occidental que, definitivamente, se ha convertido en un fenómeno mundial o, mejor, *global*, según la terminología que ha terminado por imponerse. Sucede en ocasiones que cuando retomamos las páginas de un viejo texto, escrito tiempo atrás, nos da la sensación de que su autor, más que un pensador, más que un filósofo, estudioso o economista, es un oráculo cuyos ojos miraron al futuro con una clarividencia tan sorprendente que asusta. Asusta el hecho de vivir en un momento presente tan predecible por una mente lúcida, capaz de describirnos desde el pasado del mismo modo en el que lo haría si nos tuviera delante en este preciso instante; asusta habitar una realidad que parece inmutable, ajena a la voluntad del conjunto de los individuos que quedamos absorbidos por una inmensa máquina que se mueve tontamente sin llegar a ninguna parte, el lugar que tal vez era, de hecho, a donde quería llegar. Pero al final lo más descorazonador es comprobar cómo se aciertan, casi uno por uno, con esos aplastantes rasgos del capitalismo actual, esas bases sobre las que se asienta no sólo nuestro trabajo, sino también nuestra vida cotidiana o nuestras relaciones con los demás, mientras que nada se dice acerca del modo de salir de dicho espacio, de luchar, de enfrentarse a esta normatividad, a esta homogeneización mundial. Por eso, la mayor parte de estos estudios socioeconómicos llegan hasta nuestros días pero omiten toda referencia a la viabilidad de una esperanza, se obvian todas las posibilidades, por pequeñas que sean, a las que el individuo podría aferrarse para comenzar a generar escapatorias, vidas alternativas o metafóricos adoquines para levantar nuevas barricadas. No sería justo generalizar en este punto ya que, en este sentido, somos contemporáneos y testigos de los últimos intentos de gente como Antonio Negri –solo o en compañía– o Paolo Virno, por citar dos casos que han alcanzado una relevancia que llega al restringido mundo de la academia. En esta misma línea debemos insertar los textos de Félix Guattari que se recogen aquí. Este es el gran mérito de la presente obra: no se conforma con diagnosticar, sino que además propone posibles remedios, lo que desde ahora debemos llamar *puntos de fuga*. Plantear resistencias no es sólo una manera de vivir el presente, supone también constituir un proyecto que va más allá de lo que pueda suceder después de esta noche.

Si bien es cierto que todo texto, sea del tipo que sea, tiene un carácter político que revela una voluntad o una concepción particular del que lo escribe, en ocasiones ese *inconsciente* se presenta oculto o difuminado entre palabras, estadísticas, metáforas o, por qué no, en la ausencia misma de estas últimas. No es éste el caso. Los artículos recopilados en el presente volumen, escritos en su mayor parte en la década de los ochenta –«los años de invierno» tal y como los llamaba Guattari–, tienen una carga política fundamental que se muestra tanto en la búsqueda de resistencias como en una propuesta de pensamiento, lo que Guattari denomina «ecosofía». Y detrás de todo queda una propuesta vital que parte del respeto por la libertad y por la diferencia, valores que corren hoy un serio peligro de extinción ya que se han convertido en palabras vacías, carentes de contenido,

escritas con mayúsculas para adornar discursos institucionales, constituciones y tantas otras cosas que componen en nuestros días un nuevo modelo de control mucho más sutil de lo que se había conocido hasta ahora. Es por ello que, pese a la presencia de una apuesta vital para el presente y para el futuro, estos artículos no resultan *cómodos* de leer, de hecho se inician con lecturas que nos invitan a pensar en la imposibilidad de un *afuera* del sistema capitalista. Heidegger, en su conocido capítulo «La época de la imagen del mundo», habló de un proceso de «Desdivinización» que caracterizaba a la modernidad mediante el cual, según sus propias palabras, «la imagen del mundo se cristianiza y, por tanto, el cristiano transforma su cristiandad en una imagen del mundo»². Del mismo modo, estamos tentados a afirmar que en nuestros días un proceso similar está ocurriendo con el capitalismo, dado que desde hace décadas nos vemos incapacitados para pensar sistemas alternativos o espacios posibles fuera de su atento control, hasta tal punto que ya no debiéramos mirar el capitalismo como un sistema socioeconómico susceptible de ser estudiado y analizado, ya que al hacerlo estaríamos afirmando que existen otros sistemas equivalentes en el mundo, por el contrario, el capitalismo parece haberse constituido hoy en la única realidad posible. «El poder está en todas partes», afirmaba Foucault, «no es que lo englobe todo, sino que viene de todas partes»³. Algo así es lo que ocurre hoy en nuestro mundo globalizado, sin embargo no debemos de olvidar que fue el propio Foucault quien afirmó en repetidas ocasiones que donde hay poder existe también una resistencia. Este es el lema que parece impregnar estos textos, de ahí que después de la descripción y el análisis del sombrío contexto global siempre permanezca una esperanza, una apuesta por la vida.

La red mundial

Siempre es difícil señalar el comienzo de un cambio, máxime cuando el cambio se produce dentro de un proceso más amplio que abarca un período de tiempo extenso. En el caso que nos ocupa tendríamos que remontarnos a los albores de la edad moderna para empezar a localizar esos primeros focos hegemónicos de la economía mundial que se asentaron en el norte de Italia. Tal y como nos muestra Giovanni Arrighi en *El largo s. XX*⁴, las hegemonías se suceden hasta llegar a nuestros días en el que dicho papel parece haberlo asumido el poder norteamericano. Sin embargo, si bien este liderazgo es difícil que sea puesto en cuestión, al menos desde un punto de vista teórico, cada vez resulta más evidente que el capitalismo se está escapando de adscripciones territoriales que nos permitan distinguir entre los diversos modelos estatales; las multinacionales, las marcas reconocibles en todo el mundo, están tomando el viejo testigo imperialista. Este es un rasgo fundamental que, si se quiere, puede vincularse al dominio estadounidense⁵ o, simplemente, a la inercia del propio sistema y a sus mecanismos internos de funcionamiento. En el paradigmático texto de Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, encontramos una reflexión premonitoria que da luz a esta cuestión: «La centralización internacional del capital debe entenderse como el intento del capital por romper las barreras históricas del Estado nacional del mismo modo que la programación económica nacional –y mañana, quizás, supranacional– representa un intento de superar parcialmente los límites de la propiedad y la apropiación privados impuestos al desarrollo ulterior de fuerzas productivas. Ambas, en palabras de Marx, son intentos de trascender el capital dentro de los límites del modo de producción capitalista mismo»⁶. Las palabras de Mandel nos conducen a dos ámbitos de reflexión, pensar la superación de los límites nacionales y, por otro lado, pensar en los límites del propio capital, cuestiones extensísimas que desde Marx han generado un ingente volumen de escritos y que, aún hoy, siguen siendo dos cuestiones fundamentales en todos los análisis que se elaboran con cierta rigurosidad.

El capitalismo ya no necesita de instituciones que lo representen, nosotros mismos somos sus representaciones mas evidentes, representaciones de una red casi invisible –y ahora mas que nunca cibernética– que empezamos a tejer siglos atrás y que seguimos configurando día a día, cada

vez a una velocidad mayor. Aquellos lugares, esparcidos a lo largo y ancho de todo el planeta, que se presentan como márgenes, espacios libres del control, no lo son en realidad ya que la red los conoce y se ha establecido ahí de un modo diverso, acaso recreando la apariencia de un mundo libre de su vigilancia. Este sistema, por tanto, no se adscribe únicamente a una serie de paradigmas económicos, sino que alcanza todos los ámbitos de nuestras vidas: establece modos de relación, genera discursos y también silencio, hace proliferar infinidad de imágenes, nos conecta y nos separa, pero, sobre todo, normativiza. Guattari lo dice de este modo: «el capital es mucho más que una simple categoría económica relativa a la circulación de bienes y a la acumulación. Es una categoría semiótica que concierne al conjunto de los ámbitos de la producción y al conjunto de los niveles de la estratificación de los poderes. El CMI –Capitalismo Mundial Integrado– se inscribe, en primer lugar, en el marco de las sociedades divididas en clases sociales, en clases raciales, burocráticas, sexuales, grupos de edad, etc., y en segundo lugar, en el seno del tejido maquínico proliferante»⁷. Así, en este Capitalismo Mundial Integrado la economía queda definitivamente vinculada a todos los ámbitos de la vida del hombre. Ya no hay fronteras, la casa propia, los programas de televisión, los periódicos o el ocio no están menos descapitalizados que la fábrica o cualquier otro lugar de trabajo. Todo termina respondiendo a la misma lógica y a la fórmula esencial que Guattari vislumbra en este CMI, esto es, producción, mercado, estado⁸, por este orden de importancia.

Surge entonces la pregunta fundamental de quién sostiene todo este mecanismo y de si estamos en disposición o no de hablar de un centro que regularía todo esto. La respuesta inmediata podría ser que los Estados Unidos, pero más allá de teorías de la conspiración, aunque siempre porten consigo algo de verdad, y más allá de los repetitivos ejes del bien y del mal que han terminado por saturar todos los medios de comunicación, debemos mirarnos a nosotros mismos para ver que, a falta de seres irreductibles, también nosotros, en este mismo momento, somos portadores del capital. Nos encontramos pues en una red en la que somos a la par presas y obreros que trabajan en su construcción y expansión, una expansión que, dado que ya no puede ser geográfica al haber saturado todos los espacios posibles –el espacio exterior incluso, que es, a buen seguro, el más capitalizado de todos–, se centra ahora en perfeccionar sus mecanismos de control. Pensemos en el proceso maquínico, y el de subjetivización correspondiente, de los que nos habla Guattari y llevémoslos a su marco más popular y concurrido en nuestra sociedad, el de la informática y, sobre todo, el del llamado ciberespacio. Sería difícil, por no decir imposible, marcar un centro en esa red, hasta el punto que resulta más sencillo concebir una multiplicidad absoluta de centros, así, por cada persona que se adentra en internet un centro, y al final una red que no atiende a marcos nacionales, ni a lenguas, ni a razas, todo queda homogeneizado en un mismo plano compuesto de «bites», de «megas» y de «memoria ram». Fuera de esta red podría pensarse en el tercer mundo, pero la lenta y paulatina inserción de todos los modelos maquínicos que ha generado Occidente en ese *otro* mundo nos hace teorizar sobre el salto de una economía precapitalista a un modelo *tardío* o *mundialmente integrado* del capitalismo. Y para que la homogeneización sea más plausible, asistimos, paralelamente, a la mutación de las grandes ciudades europeas y norteamericanas en donde ya se empiezan a vislumbrar enormes espacios en los que el tercer mundo, con muchos de sus rasgos primigenios, ha decidido asentarse.

Hay más. Desde un punto de vista interno, también la sociedad que habíamos conocido asiste a un proceso mediante el cual las fronteras de clase tienden a difuminarse, de tal suerte que la clase obrera asume cada vez más rápidamente los rasgos que antaño definieron a la pequeña burguesía. Por debajo de este grupo se encuentra otro en el que la mayor parte de nosotros hemos habitado o seguimos haciéndolo, este es el *residuo*⁹, que incluye a un basto grupo de personas, desde vagabundos, a «sin papeles», pasando por trabajadores temporales, por los que viven, o sobreviven, sin contrato alguno, hasta llegar al tragicómico mundo de los estudiantes sin esperanza de insertarse en algún momento de sus vidas en el ámbito laboral. Ese es el desecho del capitalismo,

los olvidados del sistema, una verdadera lacra cuya integración no resulta nada sencilla. Con todo, constatamos una configuración social que resulta bastante diferente de la que obteníamos de los análisis elaborados hace cuarenta años. Pero no debemos quedarnos en este punto, al dar un paso más nos preguntamos por los nuevos modelos de resistencia que, evidentemente, ya no pueden ser los mismos de entonces, tampoco sus protagonistas. ¿Dónde residen los puntos de fuga en la actualidad? ¿Qué posibilidades tienen de llegar a buen puerto? Resulta complicado acceder a las respuestas, si es que hay respuestas para ello, porque a partir de ahora empezamos a movernos en el ámbito de la incertidumbre, en el espacio de la duda, pero también en el reducto de una esperanza razonable, esa misma que parece haber movido tantos y tantos textos de Guattari.

Pensar «más allá»

Si hay un momento fundacional que marque el principio de un nuevo tipo de movimiento popular contra el poder establecido ese es el Mayo Parisino. Un nuevo sujeto invadía las calles y monopolizaba los emblemas y las manifestaciones. La revuelta del 68 fue básicamente estudiantil, «probablemente no haya habido jamás ningún movimiento revolucionario protagonizado por un porcentaje mayor de personas que leen o escriben libros», dice Hobsbawm¹⁰. No consistía sólo en mejorar las condiciones de trabajo, antes de eso era necesario un cambio generalizado de las mentalidades de la Francia del momento, era necesario convencerse de que bajo los adoquines del Barrio Latino era posible encontrar la playa. Fue el momento de los situacionistas a los que Guattari también apoyó. El paisaje social estaba cambiando en Francia y poco a poco se fue extendiendo por toda Europa hasta difuminarse y casi diluirse con el paso del tiempo. Ya hemos visto cómo los rasgos socioeconómicos que imperaban hace unas décadas se han radicalizado de tal manera que hoy es todavía más costoso que entonces vislumbrar un sujeto claro –como lo fue la clase obrera en su momento– capaz de encarnar la figura de la resistencia. El CMI parece haber homogeneizado la apatía, el desánimo y, sobre todo, la creencia generalizada de que otro mundo no es posible, que debajo del Barrio Latino no encontraremos más que cemento armado y hormigón, los mismos materiales que parecen haber forjado la sociedad que habitamos. Sin embargo hasta en un papel en blanco se pueden hallar contradicciones, en el CMI también. Como decíamos al principio, esta red capitalista no sólo genera prohibiciones, sino que también incita a hablar, genera líneas de contacto entre individuos, pero en algún momento esas conexiones pueden escapar de su control. Guattari pensaba fundamentalmente en las «radios libres», esas frecuencias clandestinas que comienzan a proliferar desde los años ochenta y que escapan al control regulador de los medios de comunicación, muchas de aquéllas siguen existiendo a la par que continúan surgiendo nuevas –y ciertamente aún parecen una china en el zapato de los gobiernos y de las grandes corporaciones mediáticas–. Con todo, los puntos de fuga más importantes en la actualidad occidental están en la informática, soporte que ha cambiado la música, el cine, las relaciones interpersonales, los modos de trabajo y, en definitiva, la propia subjetividad. Es cierto que en un momento dado, el inicial, podríamos entender el ordenador como un mecanismo más de control por parte del sistema, dado que parecemos amarrados a programas estereotipados que no varían de un país a otro, sujetos también a los mismos buscadores y a las mismas direcciones de correo electrónico. Pero toda esta nueva tecnología también ha traído consigo nuevos modos de creatividad, accesible ahora a todos y cada uno de los que accedemos a la red. Michael Hardt y Antonio Negri llevan tiempo insistiendo en este poder creativo de la multitud, como una vía de escape y un espacio que el capital es incapaz de controlar¹¹.

Esta «potencia creativa», que volvería a actualizar a Debord y a los suyos, no es el único elemento capaz de generar fugas en el sistema. Pensemos ahora en todos aquellos que viven en casas ocupadas –okupadas–; los que protestan frente a las puertas de las grandes cumbres internacionales, anunciadas a bombo y platillo y concluidas en el fracaso y el incumplimiento de los

pactos –Seattle, Génova...–; grupos ecologistas, feministas, colectivos de homosexuales o movimientos contra el racismo. En definitiva, todo este abanico de grupos tan heterogéneos, en ocasiones también contradictorios entre sí, constituyen potencialmente las «revoluciones moleculares», fugas que, por minúsculas que puedan presentarse ante nuestros ojos, van minando el sistema y escapan de la mano de hierro que sutilmente se ha camuflado en consensos entre partidos y en diálogos carentes de contenido. El principal problema de este tipo de movimientos, tal y como lo ve Guattari, está en el hecho de que se mueven sin alianza alguna, hacen su lucha particular con el riesgo de posicionarse al otro lado de la barrera en la lucha de otro grupo equivalente. Bajo los emblemas de la *libertad* y de la *diferencia* Guattari invita a una articulación que permita extender el desafío a todos los ámbitos posibles. Se retomaría así la vieja aspiración de Adorno, quien tiempo atrás ya había señalado que «la utopía sería una convivencia de lo distinto por encima de la identidad y la contradicción»¹².

Si ya no hay un sujeto obrero capaz de canalizar estas luchas, algo evidente al menos desde el punto de vista clásico de los conflictos de clase, es necesario cartografiar los espacios comunes que se esparcen por todo el globo para encontrar esos lazos de *amistad*, en su sentido más filosófico –por tanto político–, que pueden generarse en la actividad refractaria. La noción de «experiencia de clase», que había sido un útil fundamental en los estudios históricos de los movimientos sociales, los de E. P. Thompson, por señalar el caso más relevante, debe ser adaptada a los nuevos tiempos y debe abrirse a este nuevo marco de un sujeto heterogéneo y contradictorio que se viene configurando desde hace ya unas cuantas décadas. Guattari apuesta por lo que él se ha encargado de llamar «ecosofía», que vendría a retomar una agenda política en la que las cuestiones relativas a la ecología, la lucha por la igualdad de derechos o la apuesta por los grupos más desfavorecidos de la sociedad estarían en un lugar central. Para ello es necesario, en primer lugar, advertir esas contradicciones que el capitalismo ha generado dentro del propio sistema y, en segundo lugar, fomentar el punto de encuentro entre los microgrupos, a sabiendas de que tal vez sólo les une el respeto por la diferencia. «Sería necesario poner en marcha una concertación planetaria y promover una nueva ética de la diferencia que sustituyera los poderes del capitalismo actual por una política de los deseos de los pueblos», dice Guattari, que añade más adelante que «Se trata de forjar, en lugar de relaciones de oposición, enlaces polifónicos entre el individuo y lo social. Está por inventar toda una música subjetiva»¹³. Esa coalición de subjetividades compondría una música que, como sucede con todo el entramado capitalista, a veces se muestra imperceptible, otras fuerte e incómoda, pero siempre presente, siempre buscando su momento para llevar a cabo su lucha, su protesta, «la voz sin voz, un susurro que, al oírlo ya, él no sabía si seguía oyéndolo todavía, a veces vibración tan aguda que estaba seguro de ello: era el trazo chirriante de la tiza sobre la pizarra»¹⁴. Ese es el sonido que está por venir, el sonido que no establece un fin en nuestras vidas, ni en nuestra sociedad, ni en la historia, sino que, por el contrario, genera un punto desde el cual podremos empezar de nuevo.

¹ Michel Foucault, «Más allá del bien y del mal», *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1980, p. 44. «Au delà du bien et du mal» se publicó originariamente en la *Revue Actuel*, nº 14, 1971.

² Martin Heidegger, «La época de la imagen del mundo», *Caminos de bosque*, Madrid, 1995, p. 76.

³ Michel Foucault, *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 1989, p. 113.

⁴ Giovanni Arrighi, *El largo s. XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Madrid, Akal, 1999.

⁵ Dice Arrighi a este respecto: «La emergencia de este sistema de libre empresa [...] ha sido el resultado más específico de la hegemonía estadounidense. Señala un nuevo punto de inflexión decisivo en el proceso de expansión y sustitución del Sistema de Westfalia, y puede haber iniciado realmente el proceso de extinción del moderno sistema interestatal como sede primaria del poder mundial», *ibid.*, p. 94.

⁶ Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, México, Ediciones Era, 1979, p. 335.

⁷ Félix Guattari, «El capitalismo mundial integrado y la revolución molecular», en *Plan sobre el planeta*, Madrid, Traficantes de sueños – Mapas, 2004, p. 60. Al final del prólogo de esta edición, p. 17, encontramos que «Le Capitalisme Mondial Intégré et la révolution moléculaire» se presentó en las jornadas de CINET en 1981; en España fue reproducido en el nº 1 de la revista *Archipiélago*.

⁸ Las diferentes combinaciones de estos tres elementos –mercado, producción, estado– configuran lo que aquí se denomina como «Las seis fórmulas de agenciamiento de valorización capitalista», el CMI sería una de ellas. Guattari

lleva a cabo este análisis con Éric Alliez en «Sistemas, estructuras y procesos capitalísticos», en *Plan sobre el planeta*, op. cit., pp. 99-117. El artículo se publicó en la revista *Change International*, n° 2, 1984, y fue incluido por Guattari en su obra *Les années d'hiver, 1980-1985*, París, 1985.

⁹ En el sentido en el que la cuestión ha sido trabajada por Raúl Fernández Vítóres en su *Teoría del residuo*, Madrid, Endymion, 1997.

¹⁰ E. J. Hobsbawm, *Revolucionarios*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 331-332.

¹¹ Fundamentalmente en su último libro, *Multitud*, Madrid, Debate, 2004.

¹² Theodor W. Adorno, *Dialéctica negativa*, Madrid, Taurus, 1984, p. 153.

¹³ Félix Guattari, «Una refundación de las prácticas sociales», en *Plan sobre el planeta*, op. cit., pp. 123 y 126. Se publicó póstumamente en *Le Monde Diplomatique*, octubre 1992. En España apareció en la revista *Ajoblanco*, diciembre 1992.

¹⁴ Maurice Blanchot, *El paso (no) más allá*, Barcelona, Paidós 1994, p. 64.